

EUGENIO D'ORS: CULTURA DE ÉLITE Y ARISTOCRACIA DE LA CONDUCTA

MARISA SOTELO VÁZQUEZ
UNIVERSITAT DE BARCELONA

A principios de 1917 Eugenio d'Ors, autor de reconocido prestigio por su actividad periodística iniciada en 1906 con el *Glosari* desde las columnas de *La Veu de Catalunya*, hacía balance de su fecunda actividad intelectual y de sus proyectos editoriales más inmediatos con las siguientes palabras:

En realidad, no escribo ni he escrito más que tres obras: una, donde quisiera exponer mi pensamiento reducido a unidad, es decir, a sistema de filosofía; éste, voy dándolo en lecciones; cada lección, un capítulo; la primera parte del vasto plan ya establecido está hoy redactada; se refiere a la Dialéctica; la Psicología y la Física seguirán; si tengo fuerzas para dar término a aquél, el conjunto ha de formar un organismo que ya se ha llamado «Filosofía de la Inteligencia» (en catalán, *Seny*), o, en título exotérico, «Filosofía del hombre que trabaja y juega...». La segunda obra se encara, no con una exigencia de unidad, sino con la libre diversidad del mundo y de la vida: este es el *Glosari*, [...] cuya no ininterrumpida publicación cuenta hoy diez años. La tercera obra es la crónica de una lucha por la cultura, concentrada aquí en mi Cataluña nativa: en ella, empleando con ahincada tenacidad los instrumentos profesionales y oficiales que la vida pública del país ha puesto en mis manos, se han cosechado ya amables frutos [...] cada fundación, cada restauración, cada nueva estructura en la educación o en la enseñanza del país, inicia un capítulo en esta obra; sus páginas se llaman alternativamente, institutos, escuelas, bibliotecas, revistas, cursos. De las tres hijas mías, no es esta obra la que haya crecido menos y seguramente no es para mí la menos amada (D'Ors 1947: 11-12).

La fecha de esta extensa reflexión, que apareció como prefacio a *El Nuevo Glosario* no es baladí, porque en 1914 Eugenio D'Ors había perdido injustamente, en uno de los episodios más sórdidos de la universidad española, la oposición a la cátedra de Psicología de la Universidad de Barcelona. Poco después, en 1917, tras la muerte de su valedor en la política catalana, Prat de la Riba, iba a ser defenestrado de su cargo en el departamento de instrucción pública de la Mancomunitat de Cataluña. Fueron años difíciles para el ideólogo catalán que se refugió en la escritura cotidiana del *Glosario*, redactado ahora en castellano, y en el apoyo de los amigos madrileños, singularmente los institucionistas y, sobre todo, también Ortega, el único miembro del tribunal que le había apoyado en la fallida oposición a cátedra. En la extensa reflexión citada sobre su actividad intelectual distinguía D'Ors tres aspectos que conviene considerar, el orgánico y sistemático, pensado como un verdadero sistema filosófico que cristalizaría en la obra *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*, destinada a un público minoritario e ilustrado; el periodístico, atento a la libre diversidad del mundo y de la vida y capaz de reproducir «les palpitations dels temps», es decir el *Glosario*, destinado a un público mucho más amplio y heterogéneo, y, por último, la tercera vertiente de su actividad es la crónica de una lucha por la cultura, que se concretaba en

realizaciones prácticas: escuelas, bibliotecas, instituciones diversas y publicaciones con el fin de regenerar y elevar la cultura del pueblo catalán. A caballo entre la primera y la tercera de sus premisas se enmarcan las conferencias que el filósofo y activista cultural catalán pronunció en Madrid en las primeras décadas del siglo XX.

En 1914, en vida todavía de su admirado don Francisco Giner de los Ríos, Eugenio d'Ors es invitado a pronunciar una conferencia en la Residencia de Estudiantes titulada «De la Amistad y del Diálogo»; apenas un año después, en 1915, volvió nuevamente a la Residencia, donde era querido y respetado, para hablar de «Aprendizaje y heroísmo» y, por último, en 1919, pronunció la tercera conferencia complementaria de las anteriores sobre «Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia». Estas conferencias evidencian un nuevo estilo intelectual, una nueva manera de entender la cultura y la misión del intelectual como guía de las masas, así como reivindican la necesidad de llevar a cabo a través de la cultura una profunda regeneración en todos los ámbitos de la vida social. Es decir, el objetivo –que casaba bien con los ideales de Francisco Giner–, podría resumirse en el título de esta comunicación «cultura de élite y aristocracia de la conducta».

Eugenio d'Ors se convierte así en uno más de los intelectuales que no solo desde la *plazuela popular del periodismo* –en palabras de Ortega–, sino también desde el foro elitista y universitario de la Residencia de Estudiantes, en la juanramoniana colina de los chopos, reivindicará la obra bien hecha. Para ello partirá en la primera conferencia de la necesidad de llevar a cabo un examen de conciencia colectivo que ponga al descubierto el verdadero mal de los españoles, la pobreza cultural. Conclusión que no era nueva, pues desde finales del siglo XIX, desde Unamuno¹ a los institucionistas pasando por un buen número de pensadores todos coinciden en la necesidad de una regeneración cultural, que sin renunciar a otros aspectos atiende sobre todo al del hombre interior².

Estas conferencias vinculan explícitamente el pensamiento dorsiano a la Institución Libre de Enseñanza y, sobre todo, al ámbito de la madrileña Residencia de Estudiantes en unos años en que también en Barcelona se estaba fraguando la creación de la Residencia d'Estudiants de Catalunya, fruto de una decisión tomada en el II Congrés Universitari Català en 1918 y que cristalizaría en su fundación en 1921, cuando el ideólogo del *noucentisme* se traslada a Madrid, tras la ruptura con los dirigentes de la Mancomunitat. La Residencia d'Estudiants de Catalunya surge pues lamentablemente al margen de Eugenio d'Ors, que indudablemente hubiera podido desempeñar en ella un importante magisterio. La vida de dicha institución en Cataluña (1921-1939) (Fulcarà Torroella, 2012) tuvo tres etapas, la primera, el tiempo de la Mancomunitat; la segunda, el tiempo de la Dictadura y la tercera, el tiempo de la Generalitat. Durante la primera etapa su director fue el mallorquín Miquel Ferrà, discípulo de Costa y Llobera, fundador y director de la revista *Mitjorn* (1906) y de *El Correu de les Lletres*. Los objetivos, como queda patente en el documento fundacional eran los mismos que los de la Residencia madrileña, dirigida entonces por Alberto Jiménez Fraud, tal como se desprende de las siguientes palabras: «el model no cal buscar-lo és ja una realitat a la Residència d'Estudiants de Madrid creada per la Junta per a l'Ampliació d'Estudis, els objectius de la qual el ponent transcriu literalment» (Fulcarà Torroella, 2012: 16). De los contactos entre la institución catalana y D'Ors solo he localizado el testimonio de Pierre Vilar, que fue uno de los primeros investigadores extranjeros que se hospedó en 1927 en la casa fundacional situada en el barrio de San Gervasio, en la calle Ríos Rosas:

Reveig la fredor, la ironia entristida amb què fou acollit a la Residència un cèlebre escriptor, abans amic de la casa, pero la carrera intel·lectual del qual, inaugurada en les lletres catalanes, acabava de ser coronada, sota Primo de Rivera, a l'Acadèmia de Madrid; «Xènius»,

¹ A la necesidad de un examen de conciencia colectivo se había referido Unamuno en los ensayos de *La España Moderna* (1895), recogidos en libro con el título de *En torno al casticismo* (1902). (Unamuno, 1902).

² Cf. *El Ideal de la Humanidad para la vida* de Sanz del Río.

ja no era sinó don Eugenio d'Ors; durant quatre dies desenrotllà, davant un auditori silenciós, brillants paradoxes sobre la Itàlia mussoliniana, d'on venia; hom suggerí, en anar-se'n, que el seu abandó del catalanisme seria seguit d'altres pecats contra l'esperit, profecia que no m'han deixat oblidar els esdeveniments dels anys següents! (Pierre Vilar, 1973 : 51).

Paradójicamente aquella casa que representaba el espíritu de Prat de la Riba, el gran valedor de D'Ors al frente de las empresas culturales de la Mancomunitat, iba a darle una fría acogida, tal como evoca el eminente historiador francés. Frialdad lógica, que tenía forzosamente que ver con la deriva ideológica del autor del *Glosari* hacia finales de los años veinte. Aun así la evocación subraya la brillantez del pensamiento dorsiano.

Volviendo de nuevo a la trilogía de conferencias madrileñas conviene precisar que a la regeneración de orden moral y espiritual Eugenio d'Ors añadirá una nueva dimensión, basada en un lúcido análisis de la vida española que le permite llegar a una conclusión dolorosa, los españoles tenían un vicio propio de esclavos: «La incapacidad específica para el ejercicio de la amistad» (D'Ors 2000: 40). Conclusión que aparentemente tiene poco que ver con la vida cultural, pero sólo aparentemente, tal como demostrará en el resto de la conferencia.

Esa incapacidad para la amistad pasa del terreno afectivo al intelectual y de ella deriva «la trágica ineptitud para el diálogo que causa una profunda esterilidad intelectual» (D'Ors 2000:44), aspecto este desgraciadamente todavía hoy de candente actualidad. Lamenta *Xènius* que los españoles más que conversar o dialogar, monologuen continuamente. Por ello, como correctivo, finge un diálogo con su áltrege Octavio Romeu, en el que le comunica que va a emprender un largo viaje en busca de un interlocutor: «Busco simplemente un interlocutor –cosa exquisita e inapreciable–, un interlocutor» (D'Ors 2000: 46). Esta necesidad de un interlocutor para que fructifique el pensamiento había aparecido ya en Unamuno, aunque quizá con un matiz algo distinto, cuando escribe: «No sé hablar si no veo unos ojos que me miran y no siento detrás un espíritu que me atiende» (Unamuno 1904), idea que prelude la búsqueda de interlocutor de Carmen Martín Gaité, en su formulación más cercana al concepto de diálogo dorsiano cuando escribe: «No basta con querer que unos ojos nos miren y unos oídos nos escuchen: también nosotros tenemos que mirar esos ojos y aprender a graduar el ritmo de nuestra voz para adaptarlo a esos oídos» (Martín Gaité, 1983: 145).

La ejemplificación del profundo valor del diálogo como método de conocimiento y de comunicación con el otro arranca en el caso de *Xènius* de la filosofía socrática. D'Ors considera al filósofo griego iniciador del verdadero diálogo que es capaz de dar y recibir, por ello considera que los interlocutores de Sócrates fueron auténticos colaboradores en su obra. De la misma manera que, a su juicio, no se entienden los diálogos de Goethe sin la necesaria colaboración de Eckermann, sin su constante y fecundo estímulo. D'Ors confronta la manera socrática y goethiana con la actitud monologante generalizada de los españoles para concluir su pesimista diagnóstico:

Comparadla con la de tantos esquivos a ultranza, y con la de tantos otros que conocemos, que se parapetaron tras de una doctrina, y ya no la cambian ni la cambiarán por la lectura de la noticia, ni por escuchada palabra de hombre. Y con la de tantos monologadores de cátedra. Y con la de tantos monologadores de café. Y con la de tantos parleros que conversan abundantemente, en apariencia, pero cuya conversación es siempre un sacrificio, en que hay un verdugo y una víctima: una víctima que es el más tímido de los dos parladores, el más discreto o el mejor educado (D'Ors 2000: 51).

Qué actualidad y vigencia tienen todavía hoy estas reflexiones dorsianas, cuya importancia supo ver mejor que nadie un espectador de excepción, Azorín, que asistió atentamente a la conferencia, cuando escribe:

En la plática cordial que *Xenius* tuvo hace pocas noches en la residencia de estudiantes nos hablaba -sutilmente- del arte del diálogo. Los españoles -decía D'Ors- no sabemos ni escuchar ni dialogar. La manera española de la conversación es solemne y enfática; pensamos en nosotros mismos cuando hablamos y no en nuestro interlocutor. ¡Qué pocos son los políticos españoles que, cuando nos acercamos a ellos en un momento crítico, son capaces de tener la perspicacia o la generosidad de interrogarnos! Y, ¡qué grata cosa en esos momentos difíciles de nuestra vida la interrogación: la interrogación que supone en quien pregunta interés, curiosidad, objetividad, abandono por un momento de la propia personalidad para entrar en la ajena! ¿Dejaremos los españoles alguna vez esta manera enfática y egoísta? De desear es que el estilo de las conversaciones vaya transformándose, dulcificándose, humanizándose (Azorín, 1975: 1200).

La cultura basada en una actitud dialogante es fundamental para D'Ors pues el hombre que da y no recibe, que monologa ininterrumpidamente, «obra en función de un pensamiento dogmático», [...] mientras que el que «entrega y recoge, y recoge entregando, y entrega recogiendo; el que «dialoga», en fin, obra en función de Pensamiento filosófico» (D'Ors 2000: 52).

En la conferencia sobre *Aprendizaje y heroísmo* Eugenio d'Ors desarrolla la segunda parte del título de esta comunicación, la aristocracia de la conducta, esa que no se hereda y que hay que ejercitar diariamente. En el pórtico que antecede a la conferencia declara «nuestra reunión en esta casa obedece al designio de formar en España algo así como una aristocracia de la conducta» (D'Ors 2000: 61). Por ello dedicará toda la exposición a la defensa del trabajo bien hecho, de cualquier trabajo por humilde que éste sea, porque todos los oficios pueden ser nobles si se ejecutan con honestidad y entusiasmo. Evidentemente estas ideas están en perfecta armonía con los ideales pedagógicos de la Institución, que tanta influencia iban a ejercer en un buen número de intelectuales españoles de principios del siglo XX, desde Juan Ramón y su *trabajo gustoso*, a Antonio Machado-Juan de Mairena con sus aforismos «despacito y buena letra, que el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas», los poetas del 27 y tantos otros intelectuales o científicos que en mayor o menor medida se vincularon a la ILE. Siguiendo los postulados esenciales de la pedagogía gineriana³ de raíz socrática D'Ors escribe:

Hay una manera de dibujar caricaturas, de trabajar la madera y también de limpiar de estiércol las plazas o de escribir direcciones, que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuidado de perfección y armonía, y una pequeña chispa de fuego personal; eso que los artistas llaman estilo propio, y que no hay obra ni obrilla humana en que no pueda florecer. Manera de trabajar que es la buena. La otra, la de menospreciar el oficio, teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es mala e inmoral (D'Ors 2000: 63-64).

Y entre todos los ejemplos sobre la ejecución de diferentes trabajos u oficios D'Ors recurre, aunque sin mencionarlo, a datos autobiográficos, cuando señala la diferencia entre el periodista que se siente frustrado porque querría hacer buena literatura sin conseguirlo y lo achaca al medio periodístico y el que lo consigue desde la humilde columna diaria: «Yo sé de otro periodista que está orgulloso, y con razón, de haberlo cumplido así, con un trabajillo cotidiano y humilde que le fue encargado en sus comienzos» (D'Ors 2000: 65-66). Se está refiriendo a su trabajo en sus comienzos periodísticos, que no era otro que redactar notas breves, misceláneas y amenas sobre cuestiones cotidianas, practicando en consecuencia un género aparentemente menor, que podría caer bajo los marbetes de «Sección amena», «De aquí y de allá» o «Curiosidades», pero procurando llevar a ese oficio

³ Cf. los *Ensayos* de Francisco Giner de los Ríos, Madrid, Alianza editorial, 1969, especialmente las páginas 102-137.

«espíritu y amor» y de ahí que fuera capaz de elevar la anécdota a categoría, tal como pretendía su *Glosari*.

En la segunda parte de la conferencia D'Ors se plantea cómo despertar en los jóvenes, en los estudiantes, el amor por la obra bien hecha, por el trabajo bien hecho, que fue una de las metas de los institucionistas. En primer lugar hay que señalar que D'Ors se declara contrario a la pedagogía de las emociones, vigente en el Romanticismo y que tantos perjuicios había ocasionado al defender un aprendizaje espontáneo renegando del esfuerzo y de los medios mecánicos o librescos por lo que tenían de fatigosos. Para Eugenio d'Ors es decisiva la prioridad del conocimiento sobre el interés, porque no podemos interesarnos por lo que desconocemos: «Cabría afirmar, por consiguiente, que no sabemos las cosas porque anteriormente nos hayamos interesado en ellas, sino que nos interesamos por ellas, porque antes las hemos, hasta cierto punto, sabido» (D'Ors 2000: 73).

Reivindicando la importancia esencial de la memoria en el aprendizaje intelectual: «No recordamos las cosas porque ellas nos hayan interesado, sino que nos interesan por el recuerdo que ya tenemos de ellas» (D'Ors 2000: 73). Y en otro momento, de forma todavía más categórica dice: «El Evangelio del conocimiento humano puede explicar su génesis así: «En un principio fue la Memoria» (D'Ors 2000: 73). Pues a su juicio todos los que han practicado la metodología de lo razonable, lo intuitivo, lo lúdico, lo fácil, lo atrayente habían fracasado, ya que en el aprendizaje de cualquier profesión u oficio no puede olvidarse el evangelio del conocimiento, es decir, el esfuerzo, la disciplina, el ejercicio de la memoria, que conduce a la obra bien hecha, ejecutada con dignidad, con amor y con entusiasmo y, en consecuencia, a la regeneración moral, que sólo es posible desde los mencionados presupuestos, que configuran lo que el pensador catalán llama con términos totalmente krausistas «la aristocracia de la conducta».

Cuatro años después, en 1919, cuando el impulsor de las grandes obras de transformación cultural de la Cataluña *noucentista* se vea obligado a abandonar su cargo de responsabilidad en la Mancomunitat de Cataluña, es recibido de nuevo en la Residencia de Estudiantes y pronuncia la tercera de sus conferencias, *Grandeza y servidumbre de la inteligencia*, que es continuación de las ideas expuestas en *Aprendizaje y heroísmo*. Para Eugenio d'Ors «la profesión y el amor son las dos manifestaciones reveladoras de la personalidad» (D'Ors 2000: 96).

La reflexión dorsiana en esta ocasión se centra en la personalidad del sabio, del filósofo, del hombre que tiene por tarea el ejercicio de pensar para servir de guía y de orientador de la colectividad. En este sentido propone la revisión de varios ejemplos, un profesor del colegio de Francia, Saint-Beuve con su memorable curso sobre Port-Royal, Abelardo, Rubens y, finalmente, Addison, el creador del *Espectador*, para acabar señalando que

El siglo XIX conoce ya todos los instrumentos de la libertad intelectual: conoce la ciencia laica, la universidad, la edición y el periódico. Ahora va a entrarse en la prueba definitiva. Va a ensayarse una profesionalidad de la inteligencia que lleve a la grandeza cumplida sin saber de las sujeciones de la servidumbre (D'Ors 2000: 107).

El siglo XIX es pues un momento esencial, a juicio de D'Ors, porque desde múltiples plataformas de difusión cultural en él se juega el destino de la inteligencia en el mundo.

¿Cuáles son los frutos de la inteligencia industrializada? A juicio de D'Ors «la inteligencia, la inteligencia libre, la fuerza pura del espíritu, no es llamada a ocupar posición en la gran lucha de intereses colectivos en que ha entrado el mundo» (D'Ors 2000: 111). Teóricamente la posición del intelectual podría ser de dos tipos, la de defensor de la cultura frente a la barbarie de las masas proletarias o bien, por el contrario, como hombre de intereses morales colocarse al lado de la justicia, pero ni una ni otra posición resolverían en profundidad la cuestión, pues «¡El mundo de ayer se ríe de la cultura, y esto es terrible! Pero es todavía más espantoso ver que el mundo de mañana, con la misma anchura de

ritmo, con la misma grosería en el metal de voz, parece dispuesto a reírse de la justicia» (D'Ors 2000: 112). ¿Qué le queda, pues, a la inteligencia, se pregunta D'Ors? La respuesta es clara, le queda una función totalizadora, integradora de los diferentes grupos y clases sociales, puesto que cualquier hombre, de cualquier estrato social, de cualquier oficio o profesión solo puede mitigar su sed de totalidad con la Inteligencia.

Para sustentar dicha afirmación Eugenio d'Ors recurre una vez más a la ejemplificación con casos concretos. El primero es el caso de un periódico socialista, sindicalista, que por monográfico aburre incluso a los lectores a quienes va dirigido, porque ignora dos cuestiones fundamentales: la sed espiritual del obrero, del proletario y las múltiples palpitations de la vida:

El periódico socialista, sindicalista, nos cae de las manos. ¿Por qué esto? ¿Porque nos ofende? No; porque nos aburre. Este rápido despego no es cosa únicamente del intelectual. Le pasa al mismo obrero, a quien el periódico concretamente se dirige. Le pasa lo mismo, porque el periódico es monográfico; porque cae en la equivocación de ser monográfico, y, sordo a las palpitations más vigorosas de la vida espiritual, olvidado de los problemas permanentes y de los ideales eternos, ciñese a tratar de aquello que, con una estrechez mental inicua, suele llamarse «cuestiones obreras» (D'Ors 2000: 113).

El razonamiento de D'Ors no deja resquicio a la duda o a la ambigüedad, al hombre que ha pasado once horas en una fábrica y otras tantas rumiando la pobreza de su vida no se le puede hablar únicamente de la miseria material, de la huelga o de la rutina fabril, porque:

Entonces él, si es de buena fe todavía, se suscribe tal vez, pensando que así cumple una obligación. Pero el papel, apenas recibido, es dejado de lado para leerle «cuando haya vagar»; el hombre toma diez céntimos, si los tiene, y llegase a un kiosko para comprar, con pretexto de *Novela corta* o de *Colección selecta*, cualquier narración decadente de aristocracia putrefacta... O bien se va al cinematógrafo a ver cómo los galanes de *smoking* raptan, en sus automóviles poderosos, a las beldades en traje de baile, entre las sombras del parque señorial (D'Ors 2000: 114).

El segundo caso en que D'Ors afianza su teoría de la Inteligencia es el de los pedagogos inhábiles que creen erróneamente que la literatura infantil tiene que ser balbuceo simplista e intrascendente:

Llegan a los niños, y lo que hallan en la lectura es fastidio. Mientras tanto, su imaginación vuela a imaginar aventuras de soldados, de bandoleros o de exploradores. Y si el antipedagógico, si el providencial azar hace caer en sus manos la *Odisea*, se embriagan —literalmente se embriagan— de Homero (D'Ors 2000: 113-4).

El tercer caso es el de los escritores miopes que escriben libros para los campesinos, hablándoles exclusivamente de la tierra cuando;

Juan Labrador, junto al fuego lar, cabalgándose en las narices unas fuertes gafas de plata. Aquí está Juan y lee un libro que se llama así: *Pluralidad de los mundos habitados*. ¡Querían que no supiese más que de la tierra, y a él el cielo mismo ya le parece estrecho! (D'Ors 2000:114).

Y el último ejemplo se refiere a la escasa penetración psicológica de Romain Rolland⁴ cuando en un pasaje de *Jean Christophe*⁵ alude sorprendido al gusto que los individuos de la

⁴ Romain Rolland, escritor francés perteneciente a una familia de notarios. Se dedicó desde muy joven a la literatura, experto en teatro y en ópera, fue premio Nobel de Literatura en 1922 y fundó la revista *Europe*. Autor de un buen número de biografías, dramas históricos y novelas. Fue un pacifista militante y gran amigo

«Universidad popular del *faubourg* Saint-Antoine» mostraban por la poesía simbolista. Con ironía señala D'Ors si no estará Rolland respirando por la herida, ya que:

Él, en sus mocedades, había pensado, predicado, iniciado un «Teatro del pueblo». Argumentos épicos, tramas sencillas, pasiones elementales y universalmente humanas, fuerte claridad... -fracaso completo. Los ebanistas, los metalistas, los carpinteros, los acarreadores, desertaban de su lado para irse a escuchar en la Universidad popular del *faubourg* un recital de *L'après-midi d'un faune*⁶. Y tal vez si se quedaban en la Universidad del *faubourg* por dificultad económica de llegar a la Comedia francesa a ver las comedias de M. Lavedan⁷, que por entonces debían de estar a la moda... (D'Ors 2000: 115).

Esta extensa reflexión se podría resumir en las palabras que D'Ors pone en boca de un obrero al que Jean Christophe quería catequizar ¡*Peuple vous même!*, palabras que más allá de la aparente vanidad y el enojo que destilan tienen una significación mucho más profunda, tal como reconoce el glosador catalán:

¿No encontraremos ahí una nueva manifestación enternecedora de la *sed de totalidad* que consume a todos, -al obrero que gusta del arte decadente, como al rentista que se obliga a ciertas formas de rudo trabajo, así las del coleccionismo y las mil variedades del snobismo-; no menos que en el sombrero de copa del caciquillo aceitunado, o en el deliquio de rusticidad de un cortesano versallesco? (D'Ors 2000: 115-116).

Mostrando y reivindicando el poder integrador de la inteligencia y de la cultura capaz de debilitar cualquier servidumbre o tiranía.

En conclusión, las tres conferencias pronunciadas por Eugenio d'Ors en la Residencia de Estudiantes entre 1914 y 1919 se complementan entre sí y las recorre y estructura una línea coherente que enlaza con lo mejor del pensamiento krausista: la necesidad de formar hombres, más allá de la de escribir libros. Hombres libres, cultos, con sentido crítico y ejemplares en el sentido de la aristocracia espiritual, esa que no se hereda ni procede de cuna, sino que hay que ganarla diariamente con el esfuerzo y con el trabajo bien hecho.

de Stefan Zweig, que escribió su biografía con el título de *El hombre y sus obras*. Zweig admiraba profundamente a Rolland, de quien dijo que era «la conciencia moral de Europa».

⁵ *Jean Christophe* es una novela en diez volúmenes publicada entre 1904 y 1912. Su protagonista, Jean Christophe es un músico alemán, que personifica la esperanza de una humanidad reconciliada. Es también un héroe romántico como el Werther de Goethe.

⁶ *L'après-midi d'un faune*, se popularizó en versión castellana con el título de *Preludio a la siesta de un fauno*. Se trata de un poema sinfónico para orquesta compuesto por Debussy, de aproximadamente 10 minutos de duración. Su estreno tuvo lugar en París, el 22 de diciembre de 1894, bajo la dirección de Gustave Doret.

⁷ Henri Léon Emile Lavedan (1859-1940), famoso periodista y dramaturgo francés, católico liberal, que desde varios periódicos parisinos contribuyó con una serie de cuentos y diálogos a plasmar la vida de la ciudad, muchos de los cuales fueron luego recogidos en Antologías. En 1905 tuvo un gran éxito en la Comédie-Française con la obra *Le Duel*. Y en 1898 fue admitido en la Académie française.

BIBLIOGRAFÍA

AZORÍN (1975), «Xènius en el Ateneo», *ABC* 20-II y 14-III-1914, en *Obras Completas*, T. I, Madrid, Aguilar, 1975, pp. 1199-1200.

D'ORS, Eugenio, *El nuevo Glosario*, Madrid, Aguilar, 1947.
..... *Trilogía de la «Residencia de Estudiantes»*, Pamplona, Eunsa, 2000.

CACHO VIU, Vicente, *Revisión de Eugenio d'Ors*, Barcelona, Quaderns Crema, 1997.

DÍAZ PLAJA, Guillermo, *La defenestració de Xènius*, andorra la Vella, ed. Andorra, 1967.

FULCARÀ TORROELLA, Maria Dolors, *La Residència d'estudiants de Catalunya (1921-1939)*, Barcelona. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2012.

GALÍ, Alexandre, *Historia de les institucions i del moviment cultural a Catalunya. 1900 a 1936, Obra completa*, Barcelona, Fundació Alexandre Galí, 1981-1983, llibre IX.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco, *Ensayos*, (ed. Selección y notas de Juan López Morillas), Madrid, Alianza, 1969.

JARDÍ, Enric, *Eugeni d'Ors. Vida i obra*, Barcelona Quaderns Crema [1967], 1990.

MARTÍN GAITE, Carmen, «El interlocutor soñado», 2. A Campo través. *El cuento de nunca acabar*, Madrid, Trieste, 1983, pp. 143-153.

SOTELO VÁZQUEZ, Marisa, «París, la gran universidad de los hombres nuevos», *Revista de Libros*, mayo, 149, 2009, p. 38.

..... «Un fecundo diálogo sobre la cultura española: De los *Paliques* de *Clarín* a los de Eugenio d'Ors», *Clarín*, n° 94, julio-agosto, 2011, pp. 16-24.

..... «Eugenio d'Ors: Me voy a París a ver cosas!, ¡A ver muchas cosas!» *Le voyage comme source de connaissance et d'utopies au XIX^e siècle* (en prensa). Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, Instituto Cervantes, 2012.

..... «El elitismo estético de Eugenio d'Ors», *Fabriques de verité. Les rapports dialectiques entre les élites et les masses (XIX-XX siècles)*, Pau, Université de Pau et des Pays de l'Adour, Madrid, Devenir, 2013, pp. 121-146.

TRISTÁN LA ROSA, «A Eugenio d'Ors, con amistad y diálogo», *Destino*, 895, (2-10-1954), p. 17.

UNAMUNO, Miguel, «Desde la soledad», *De esto y aquello, Obras completas*, T. Madrid, Eslicer, 1904.

VILAR, Pierre, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Barcelona, Edicions 62, 1974.